

la realidad, una huida en busca de otra realidad posible, ensoñada. Si el escritor viviera en el mejor de los mundos no sentiría la necesidad de escribir.

A Cervantes no le gustaba la realidad vivida. En ella había dejado la piel y la ilusión. Como artista creía posible transformarla, recreándola a su modo. Pero era una ilusión. Rosales recuerda la idea de Hauser para quien lo pastoril era una ficción, una representación teatral. No había verdad en su entramado bello. Era un escenario efímero, artificioso. Dice Rosales: «Los pastores cervantinos son “medios seres” en cuyas almas se han escindido —como en el alma de Cervantes— las creencias y las costumbres de su tiempo. Así, pues, el ideal de vida arcádico, en cierto modo, es tan afectado, literario e idealista como el ideal caballeresco» (pág. 233). Los pastores, como los caballeros andantes eran seres fracasados que no se enfrentaban directamente con la sociedad, la eludían; unos con la huida a un paraíso imaginario; otros con la aventura de los caminos. Eran formas hipertrofiadas de desarrollarse en una dirección; bien hacia la conquista de una felicidad solitarias; bien mediante la consecución de su gloria. Dos formas de alienación que en nuestra psicología nacional alcanzarán, sin embargo, dos altas formas de realización, los místicos y los conquistadores, en la desmesura de lo hispánico. Pues es muy propio de nuestra manera de entender la vida, de dejarla vivir, encontrar más facilidades (calamidades) para ser un santo o un héroe que para ser un simple hombre. Descuellan las individualidades, geniales, anárquicas o alienadas, sin hacer nada por ellas y menos por la inmensa mayoría.

La libertad no era posible —y Cervantes lo sabía bien— más que como sueño. Los héroes de ficción, pastores, Don Quijote, viajeros, la buscaban en sus narraciones. Así, él mismo podía vivirla. Son los recursos del escritor realizarse en sus criaturas.

Para Rosales la sentimentalidad de los pastores le parece más moderna que sus vidas; según él es una consecuencia del misticismo medieval. Diríamos que una realización humana de lo divino, como San Juan de la Cruz y los místicos harían una lectura divina del Garcilaso, demasiado humano. La ilusión del retorno a la naturaleza —eterno retorno en los ciclos culturales de la humanidad —fue un tema clave del Renacimiento, una huida de la civilización o sociedad artificial a la naturaleza. (Rosales traslada el tema a nuestra vida actual, artificiosa, fabricada en serie. Vida que no es tal, sino existencia constreñida, manipulada.)

La atracción gitana

Otra forma de entender la libertad es a la manera de los gitanos. Preciosa es libre. Vive la naturalidad y el duende. «Es decidora, bailarina y romancera.» Tiene gracia, no sólo es graciosa, sino que también tiene el ángel. Cervantes nos la describe con unos rasgos u otros, ni siquiera utiliza los tópicos de los códigos estéticos renacentistas. Emplea una técnica que Rosales llama «descripciones por encarecimiento», porque «la previa descripción de un personaje literario más la disfraza que la presenta» (pág. 255). Cervantes ha escrito sobre Preciosa con singular cariño.

Los gitanos cervantinos, como sus pícaros o sus pastores, son verosímiles, pero no corrientes, vulgares. Su realismo —Rosales insiste en lo mucho que hay que derruir y descombrar sobre este concepto tópico— es trascendido, idealizado por los recursos li-

terarios. Todo ser de ficción, si adquiere la calidad del personaje, no repite a su modelo real, lo trasciende. Dice Rosales: «La finalidad artística que interesa a Cervantes no es el realismo sino el vitalismo.»⁸ Los seres repetidos de la realidad, calcados, no son personajes, sino estatuas. Los personajes tienen vida, viven su dimensión aventurera, caballeresca o pastoril, para hacer su historia o intimidad, para ser alguien. A lo largo de la obra, persiguen su identidad. Los personajes cervantinos son personajes transformados por el arte de escribir. Si fuesen vulgares no interesarían. «El vitalismo tienen por ley la verosimilitud. Su centro de gravedad no se desplaza hacia lo fantástico ni se limita a lo real» (pág. 258). Ya es hora de desmontar la farsa del realismo exagerado, que adora la obviedad y la repite. Un realismo de cartón piedra que imita tan bien la realidad que es su propia caricatura ¿No es demasiada vergüenza poner como patronos a Cervantes y a Galdós? La novela española de posguerra, tan miope que sólo vio la corteza de esa realidad, no parece haber leído a nuestros grandes novelistas. La vida no es la realidad. «En la vida se funden, ineludible e inexorablemente, dentro de un mismo plano, la experiencia y el sueño, la idealidad y la realidad» (pág. 258). Recuérdese que Cervantes no era un «reportero». Era y quiso ser siempre un poeta, es decir, un re-creador de la realidad, creador pues de una segunda realidad, la artística. (A un escultor no se le ocurriría reproducir al mármol, ya está ahí, como materia prima. Su obra es una transformación de esa realidad.)

Señala Rosales las siguientes características que a Cervantes le interesa resaltar sobre la vida de los gitanos: El contacto con la naturaleza, la independencia, el nómadismo y la espontaneidad vital. Son hombres marginados pero que viven su libertad. Son seres literarios porque no son corrientes, ni vulgares. Personifican el desarraigo. No tienen ni casa, ni ciudad. No son de ningún país. Son un pueblo arcaico y oscuro de enigmático origen. Tienen otra cultura, otras costumbres. ¿El desarraigo es la libertad? Se elige el desarraigo cuando no se tiene libertad, cuando se vive en la marginalidad o el exilio interior. Nada más doloroso y antinatural que cortar las raíces. La vida se transplanta a otra tierra, bajo otro clima. El desarraigo supone una decisión dolorosa. Cuando la vida social es opresiva, marginadora, se impone el desarraigo no como huida, sino como marcha airada. (El que huye lo hace porque quiere, el que se desarraiga lo hace bien a su pesar.)

Andrés Caballero no es un gitano real, sino de adopción. Se despoja de su condición de payo señorito y elige ser un gitano artificioso o interesado. Es gitano por el amor de Preciosa, no por necesidad. (Vive su experiencia como esos hijos de papá que se metían a «hippies», con el talonario en el bolsillo y el viaje de vuelta asegurado.) Andrés Caballero, enajenado por el amor se desvincula del ambiente donde vive, para ser otro, enamorado y nómada. Pero su desarraigo no es natural, es una aventura de la que espera obtener el fruto apetecido.

El «desarraigo» de Andrés Caballero es un prueba que le impone el amor de Preciosa para que olvide sus antiguas costumbres o raíces, para que sea otro, se purifique

⁸ Véanse los artículos de LUIS ROSALES: «El vitalismo en la cultura española», Rev. *Cuadernos Hispanoamericanos* (2-261) y «Ante una estética vital», Rev. *Cuadernos Hispanoamericanos* (17-191).

y se convierta en gitano. El amor es entendido por Cervantes como la gran fuerza libertadora.

Los personajes cervantinos huyen de su ambiente natural para conseguir una pretendida libertad. Frente a ellos, Preciosa está enraizada en su mundo, vive de acuerdo con su vocación y es fiel a su condición humana. Su vida es auténtica, no ideal. Su vida es verdadera, se realiza.

El viaje y la aventura

Ahora se olvida que uno de los alicientes de la novela es su capacidad de interesar y entretener al lector. Cuando ya todo está dicho el novelista tiene dos caminos. Repetirse o parodiar. O inventar otro género que no sea la novela, «lirizar» la prosa, o devolverla desde la degradación en que ha caído, el reporterismo y la obviedad, a su altura épica.

Cervantes dominaba muy bien los recursos narrativos de su época. No era un teórico, sino un práctico aventajado, que sin embargo demostraba saber lo que escribía, aunque no publicase ningún tratado teórico. Sus ideas literarias están desperdigadas en sus novelas. Creía en la validez estética de la aventura. En la novela renacentista la vida cotidiana, anodina, carecía de interés literario. Ya Aristóteles, y lo recuerda Rosales, exigía «que las peripecias sean extremadas y el desenlace sorprendente». Tratadistas, autores y público coinciden en valorar y gustar lo patético, lo violento, aventurero y excepcional, a pesar de los reparos de una cierta crítica docta que pretende estar en el aburrimiento por encima de los mortales.

Cervantes emplea dos recursos para potenciar el carácter de la aventura. El valor de la peripecia, interesante por sí misma; y la técnica de narrar, como aventura creadora. (Esta última trayectoria estética puede haber llegado a escritores como García Márquez o Vargas Llosa).

El viaje, como aventura, ya tiene en sí numerosos alicientes literarios. Los personajes cervantinos huyen de la vida cotidiana, en busca de una soñada libertad. Los personajes cervantinos debían conquistar la heroicidad, saliendo de la existencia cotidiana. El amor como la heroicidad deben acrisolarse en la lucha y la aventura. Rosales distingue entre aventura y viaje: «En el viaje nos liberamos del personaje social que somos; en la aventura nos sentimos atados a él. El viaje implica el enriquecimiento de nuestra vida; la aventura supone la dispersión» (pág. 299). Ambas vividuras están representadas en la primera y segunda partes del *Persiles*.

El aventurero se despersonaliza, va perdiendo en cada aventura su identidad. Después del juego sólo tendrá la soledad, pero no la libertad. El aventurero es «un adolescente que pretende inventarse a sí mismo». Rosales profundiza en el sentido de la aventura amorosa. «El aventurero vive el amor de manera adherente y provisional porque las aventuras rompen la sucesión de nuestra vida, impiden la reacción amorosa verdadera y profunda, y empequeñecen o destruyen nuestro fondo sentimental y personal» (pág. 303). Rosales, siendo poeta, es más partidario del hombre ético que del hombre estético. Para él el amor no es un juego, sino la plenitud de la vida. El Don Juan no da su vida, la pierde. Goza una pasión inútil, instintiva, dispersa, pero no vive.